

HERRERAS, Enrique 2021, *Lo que la posverdad esconde. Medios de comunicación y crisis de la democracia*, epílogo de Pepe Reig, Barcelona: MRA Ediciones. ISBN 978-84-96504-41-7, 278 páginas

“¿Apreciamos la verdad en nuestro tiempo? ¿La aprecian los medios de comunicación? ¿Apreciamos los ciudadanos y los medios a la democracia? ¿Ha triunfado la posverdad?”

El intento de dar respuesta a estas cuatro preguntas es el motor que mueve el libro de Enrique Herreras, el cual desde un acercamiento al mundo del periodismo, no como alguien ajeno al mismo, pero sí desde una cierta distancia (él mismo se define como un filósofo moral y político en la corte del periodismo), analiza el fenómeno de la posverdad en el ámbito de la información e intenta dar unas pautas éticas que puedan iluminar la realidad y encaminarla hacia los parámetros de una democracia real, vivida y no solo promulgada formalmente.

Este acercamiento a una sociedad de la información lo más democrática posible, se desarrolla en lo que el autor denomina “cuatro columnas”, siguiendo el argot periodístico. En la primera de ellas, de corte analítico, se nos presenta un estado de la cuestión acerca de cómo la posverdad ha campado a sus anchas tanto en los medios de información de masas como en la sociedad en general. En las dos siguientes, con un tono mucho más sintético y propositivo, se delinean lo que podría ser una filosofía de los medios de comunicación y una ética de la profesión periodística, así como de las empresas de la información. Por último, Herreras se centra en su propuesta, la democracia deliberativa, exponiendo un breve programa que desvela cómo este modelo puede superar las deficiencias de nuestras democracias y convertirse en el horizonte de una práctica del periodismo que pueda superar las trampas a las que se ve abocado a causa de la normalización de la posverdad.

Desde que se convirtiese en la palabra del año de 2016, y su introducción en el diccionario, el neologismo “posverdad” se ha convertido en un término no solo cotidiano, sino hasta valorado en exceso y utilizado hasta la saciedad. Tras el “final de los grandes relatos” de Lyotard, y la “sociedad líquida” de Bauman, parece haber irrumpido con fuerza la “posverdad” como el denominador común que define nuestra época. Todo parece posverdear, todo es susceptible de ser libremente interpretado, sin criterio, sin una necesaria referencia

a la realidad, todo parece poder ser dicho de otra forma, o todo parece ser puesto en entredicho aludiendo a los sentimientos que provoca en el sujeto y sus creencias personales. Los hechos objetivos influyen menos en la opinión pública que las emociones propias y las creencias personales. Así, la posverdad se ha asumido como un concepto filosóficamente relevante y una característica esencial de este mundo nuestro dominado por la red y la hiperinformación.

Pero ¿qué es en realidad la posverdad? A fuerza de utilizarla para casi todo lo que tiene que ver con la información, parece haberse convertido en un significativo sin significado, arrasando a su vez con toda referencia a una realidad contrastable. No obstante, Enrique Herreras se resiste a aceptar el imperio de la posverdad como característica propia de los tiempos que corren y, parafraseando al Lipovestky, mantiene que la posverdad es la mentira, sin disimulo, sin mala conciencia. Desde este presupuesto, se recorren los lugares comunes del mundo de la información actual: la irrupción de Internet, la globalización, la democracia monitorizada, la tiranía de servir a los gustos del público, la espectacularización de los medios, el fenómeno de los bulos y las *fake news*, y cómo no, la capital importancia de los *big data* y la posibilidad de controlar (crear) la opinión pública. Toda esta es la temática de la primera parte del libro, la cual ocupa buena parte de este, y que concluye con una lúcida reflexión sobre los populismos. Los medios son en gran parte responsables de la polarización de la sociedad, ya que impulsan sentimientos negativos hacia el adversario político. La polarización, desgraciadamente da muchos titulares, pero este juego perverso, a la larga (o no tan larga) puede ser perjudicial para la democracia, ya que es el caldo de cultivo de los populismos, los cuales se valdrán de todos estos mecanismos que los medios ponen a su alcance para hacer creer, mejor, para hacer sentir, que el mundo real no es complejo y que tiene soluciones simples. Pero la realidad siempre es compleja, y las soluciones simples no existen. Utilizando una vastísima bibliografía, se nos va guiando por un paisaje que puede ser desolador e incluso distópico, desde los diferentes puntos de vista de los especialistas que se van citando. Sin embargo, la visión de Enrique Herreras no nos adentra en el pesimismo, sino que llega a articular todas las perspectivas con las que trabaja para llevarnos a un punto desde el que sea posible la esperanza. El mejor antídoto contra la posverdad no es otro que recuperar el norte democrático, dejar de hablar de incertidumbres y volver a poner en el centro de nuestras certidumbres la justicia, “porque si no es así, reinarán otras certidumbres”.

En su segunda columna, Enrique Herreras formula lo que podría ser una filosofía de los medios de comunicación. Contrasta dos posturas ampliamente extendidas, el objetivismo y el relativismo posmoderno, las cuales considera insuficientes en sus planteamientos. El anhelo de llegar a la pura objetividad marcada por la neutralidad informativa se considera como ilusoria, ya que es

imposible el posicionamiento del que informa. Esta postura, influenciada por el positivismo, parte del prejuicio realista que cree poder alcanzar una verdad única e indiscutible, pero que olvida que los acontecimientos siempre son contados por alguien, por un sujeto que, como tal, siempre está situado. El problema aquí no consiste en estar situado, sino en no confesar la posición de la que se parte y sin embargo dejar que influya a la hora de seleccionar los hechos. El relativismo, por su parte, desintegra cualquier forma de objetividad; se inventa la fórmula de que lo mejor es ofrecer todas las versiones posibles y que cada lector u oyente elija la que más le convence. Ahora bien, esta visión de la verdad deviene en cinismo, disolviendo la unidad de la razón en las diferencias de forma que sea imposible un mínimo de unidad racional que pueda fundamentar la pluralidad de las formas de vida, como bien nos recuerda Habermas. Ante la insuficiencia de ambos modelos, se nos presenta el perspectivismo como una feliz respuesta. Con base en el pensamiento de Nietzsche y, sobre todo, de Ortega y Gasset, fluye la idea de que estar situado es una forma de estar en la verdad, una verdad que no es única ni indiscutible, que es complementaria de otros puntos de vista y que permite el diálogo entre diferentes enfoques, sin que esto signifique necesariamente confrontación ni polarización. El perspectivismo filosófico nos permite intermediar en la dicotomía entre periodismo objetivista y posmoderno.

En la tercera parte nos adentramos en el terreno de las éticas aplicadas, ámbito desde el cual se ensaya una ética de la información, una ética de la empresa informativa y una ética de la profesión periodística. La ética, desde el punto de vista del autor, es necesaria para orientarse y para criticar la realidad. Desde estos parámetros, el periodismo, como actividad, puede ser susceptible de iluminación y de crítica desde unos planteamientos éticos. Conviene hacerse la pregunta “¿para qué el periodismo?” y conviene que la respuesta parta de la necesidad de informar en un mundo plural. Esta pregunta nos llevará a nuevas preguntas que hay que responder: ¿cómo perfilar la dimensión político-social de la información periodística, tomada esta como un asunto relacionado con la calidad de la democracia? ¿Cómo puede un periodismo entendido como negocio al servicio de intereses concretos representar un papel institucional casi público? Todas estas preguntas requieren de respuestas éticas, ya que los medios son esenciales para fomentar hábitos de vida. También estas preguntas requieren de una práctica ética del ejercicio del periodismo, ya que la profesión periodística es parte de un engranaje en el que se encarna una responsabilidad pública, que está al servicio del derecho que tiene la ciudadanía a la información, el cual está íntimamente relacionado con el ejercicio de la libertad.

Por último, como horizonte al que se dirige toda la reflexión del libro, se esboza el papel de los medios en una democracia deliberativa. Desde una

postura manifiestamente influida por el pensamiento de Adela Cortina, se apuesta por la democracia deliberativa como modelo capaz de dar respuesta a los interrogantes que surgen en las democracias liberales-sociales. La política parlamentaria consiste en el ejercicio de la palabra y, en este sentido, la democracia deliberativa supone un intento de revitalizar la democracia representativa, haciéndola más participativa, pero superando los grandes problemas que supone una democracia directa —principalmente su posible deriva hacia modelos de corte populista—. Para deliberar correctamente se precisa de una buena información, de buenos debates y no solo de relatos sensacionalistas que busquen manipular desde la emotividad la opinión pública. Los nuevos modelos de la información abren un abanico de posibilidades que pueden favorecer la deliberación, aunque también pueden llevarnos a todo lo contrario. De ahí la importancia de comprender correctamente el modelo deliberativo-comunicativo. La tesis que se defiende es que la democracia será más profunda, más deliberativa, cuando la formación de la opinión pública se produzca a partir de una información de calidad, una información que, por tanto, sepa discernir entre la verdad y la posverdad, como clave para generar unas condiciones favorables de libertad. Se trata, parafraseando a Machado, de buscar de forma deliberativa una verdad que concierne a todos, “tu verdad no, la verdad”, y es que a ojos de Enrique Herreras, la verdad sigue siendo una buena alternativa, porque de lo contrario pierde la democracia y gana el populismo, que es justo lo que la posverdad esconde.

JESÚS A. FERNÁNDEZ ZAMORA  
*Universitat de València*